

Con la piel marcada

AUTOR: Mariana García

CODIGO: 2007.CSC.1.201

SERIE: Cromañón

FECHA DE PUBLICACION: 24 de diciembre de 2006.

MEDIO: Revista *Viva* del diario *Clarín* (Buenos Aires, Argentina)

Séptima Convocatoria

TEXTO:

Lo primero que asoma en el departamento de Parque Patricios es la bandera de Callejeros. Está en el cuarto de Marina pero su presencia ocupa toda la casa. Necesitaría algunos metros más de pared para que pudiera leerse bien: “Y esta rutina que me lastima si no estás vos”. Cuelga de la misma pared donde estuvo la primera bandera, la que se perdió en algún lugar de República Cromañón. Marina pintó las dos con Cristian, su novio. Susana, la mamá, la ayudó a coser la primera y también la segunda.

Marina Cellillo tiene 22 años y un tatuaje que empieza donde termina su espalda. Callejeros, dice. Y lleva dos estrellas de cada lado. Una por Mauro, el amigo muerto en el incendio, y otra por todos los demás que se fueron con él. Fueron 194 en total. Es el mismo dibujo que Cristian tiene tatuado. Decidieron hacerlo la noche del 30 de diciembre de 2004, la noche en la que comprendieron cuán frágil puede resultar la vida. Y el primer día hábil de 2005 corrieron hasta la galería Bond Street a marcarse para siempre el nombre de lo único que los mantenía erguidos: Callejeros.

“A mí nadie me obligó a ir a Cromañón, yo fui porque quería, porque no hay otra banda que me haga sentir lo mismo. A veces, cuando los escucho,

pienso que me están cantando a mí. Después de lo que me pasó yo me cobijé mucho más en ellos. Yo entiendo que haya gente que no los quiera ver, pero también estamos nosotros, y en un punto te hacen sentir mal porque estuviste en Cromañón y no te pasó nada.” Marina habla con una seguridad que da envidia. Las lágrimas, en cambio, quedan para su mamá: “Yo sé por todo lo que pasó y por eso le regalé la entrada para ir a verlos a Córdoba. Todavía no lo sabe, pero también le vamos a dar la entrada para que vaya a Salta (tocarían allí el 6 de enero). Recién después de haberlos visto, Marina volvió a ser la misma, volvió a reír”.

Marina recuerda con exactitud su primer recital de Callejeros: 14 de junio de 2003, en el microestadio de Atlanta. Desde entonces, sólo faltó a dos conciertos. Es tan fanática que ha llegado a comprar entradas para recitales a los que sabía de antemano que no iba a ir, sólo para agregar el ticket a su colección. Una de las cosas que más le molestan es que a aquel recital de Atlanta fue como invitada y se quedó sin el primer comprobante de su devoción. Hoy piensa que hubiera preferido pagar.

¿Podés escuchar Callejeros sin pensar en Cromañón?

Sí, tengo muchos recuerdos mejores.

¿Y alguna vez te cuestionaste si estaba mal seguir escuchándolos?

No, para nada, lo primero que hice cuando llegué de Cromañón fue escuchar Callejeros.

Hay un solo momento en el que a Marina se le estruja la voz. Es al recordar que sólo pudo llorar cuando volvió a ver a la banda en Córdoba.

Francisco Militello pasó siete días en coma farmacológico. Se desmayó un jueves, y se despertó al jueves siguiente en la cama de un hospital. Lo primero que dijo fue: “Callejeros me defraudó”. Y olvidados en un rincón de su casa de Barracas quedaron los discos. Más de un año pasó sin volver a escucharlos hasta que, sin quererlo, se le aparecieron de pronto, subidos de improviso en un recital de Jóvenes Pordioseros. Fue el jueves 6 de julio. Y ahí

estaba otra vez el Pato Fontanet cantando *Imposible*: “Poder jugar en otro juego es lo que imagino, donde la gente de mierda esté muerta y los buenos, vivos”. Y recién entonces Francisco pudo empezar a entender lo inentendible.

“Para mí es como esa frase de *Imposible*. Ahí entendí un poco más lo que había pasado. Yo creo que todos somos seres humanos y podemos equivocarnos.” Marisa, su mamá, puso el grito en el cielo cuando le dijo que quería ir a Córdoba para el regreso de la banda. “Pero cuando lo vi escuchando el recital por la radio me di cuenta de que necesitaba ir, que necesitaba cerrar todo lo que había pasado.” Francisco, que había pasado un año sin escuchar Callejeros, se tomó el micro a La Rioja para el segundo recital. Recorrió los 1.100 kilómetros, volvió a verlos y recién ahora planea terminar el secundario.

SUBTITULO: El nuevo demonio

Para cuando Francisco volvió a escuchar a Callejeros, la máquina devoradora en que se había convertido Cromañón seguía alimentándose del espanto. La banda –desconocida para la mayoría aunque ya había llenado Obras– sonaba sin parar en las mismas radios que los habían ignorado. Sus temas empezaron a sonar pegados a las baladas melosas de Ricardo Arjona o Chayanne, y sus éxitos terminaron como ringtones.

Mientras los padres de muchos de los chicos muertos pedían la prohibición, su último trabajo, *Señales*, llegaba al Disco de Oro a poco de salir. Para conseguirlo, sus seguidores tuvieron que pagar 45 pesos, casi el doble de lo que suele costar el CD de una banda nacional. El disco post-Cromañón vendía sin parar: 21 mil copias en apenas cuatro meses. El furor, de acuerdo a los números de Sadaic, también alcanzaba a *Rocarroles sin destino*, su trabajo anterior. Si hasta diciembre de 2004 habían vendido 16 mil copias, desde entonces, sus ventas se duplicaron.

En una pelea en la que nadie escuchaba a nadie, Callejeros se convirtió en la última fruta prohibida del rock nacional. Si hace tiempo que ser rockero dejó de horrorizar a los padres de la novia, si los chicos malos del rock and roll son tapa de la revista de moda y se pasean de la mano de la modelo de turno, Callejeros llegaba para devolverle al rock la atracción por lo prohibido. Y entonces, después de muchos años, hay un nuevo demonio para exorcizar.

SUBTITULO: Los invisibles

De: Nicolas El Callejero

Asunto: nota de Callejeros

“Hola, soy Nicolás, invisible desde hace un año (así nos llaman a los fans de Callejeros). Hace un año y medio que escucho Rock Nacional, específicamente Callejeros. Lamentablemente nunca fui a verlos, ya que empecé a escucharlos a partir de Cromañón. Los conocía anteriormente pero no los había escuchado. Ahora son mi banda favorita, pero no tuve el orgullo de ir a verlos. A Callejeros los escucho por varias razones, primero porque comparto con ellos su ideal que dice que ‘aunque el nudo apriete mal, bloqueando al ideal, no nos dejemos estar, ya que si me muero es por luchar y no por mirar’. También hablan de un montón de buenos para nada que nos dirigen y nosotros como ingenuos los dejamos. Lo que también me gusta de ellos es que tienen un tema para cada cosa y no tratan todos de lo mismo, como otros grupos.”

Nicolás tiene 15 años y es de Lanús. Al igual que otros chicos entrevistados para esta nota, no quiere que aparezca ni su apellido ni su foto. Algunos porque de alguna manera se sienten perseguidos. Otros, simplemente, porque no quieren entrar en el interminable debate que genera ser fanático de Callejeros.

“Después de Cromañón, hablar de Callejeros no es fácil. Si yo digo que me gusta Divididos nadie me dice nada; ahora, si digo Callejeros ahí empieza

una discusión de ‘¿por qué te gusta?’, ‘¿pero no pensás en lo que pasó?’ y todo eso. No es escuchar una banda y punto, es entrar en un debate en el que nadie tiene razón.”

Tomás tiene 23 años, estudia profesorado de gimnasia y es técnico electricista en una empresa. En el ropero guardó para siempre su mochila de Callejeros.

¿Y los seguís escuchando?

Sí, claro. Me gustan otras bandas pero me identifico mucho más con ellos. Te transmiten que son como vos, tiene que ver con el barrio, con seguir en tu mismo lugar.

SUBTITULO: La cerveza en la esquina

El sol de diciembre parece asfixiar más en la esquina de Olavarría y Barros Pazos. Será por los monoblocks que anuncian la llegada a Villa Celina. O quizá porque en esa cuadra hace tanto tiempo que el asfalto se volvió tierra que ya nadie lo recuerda. Omar Silva arrastra un cable de acero de catorce metros por la vereda de la Parroquia Sagrado Corazón de Jesús, donde unas changas apenas le alcanzan para alimentar a sus tres hijos. Omar tiene 32 y no sabe cuándo empezó a escuchar Callejeros porque lo hizo desde siempre. Fue a la escuela con Edu, el baterista, y se crió con Christian, el bajista. Omar muestra con orgullo su remera raída de Callejeros y empieza a contar una tras otra las anécdotas: que el asado de tal día, que el viaje en micro a vaya a saber dónde, que las cervezas en el kiosco de la esquina: “Esta remera es de las buenas, de las primeras, cuando había dos o tres dibujos, no como ahora que las tiene toda la gilada. Pero igual acá nos conocemos todos. Ellos no son de los que tuvieron filo y se tomaron el palo. Acá vas a la ferretería a comprar cinco metros de cable y te los sigue vendiendo Christian”.

Como la mayoría de los barrios peronistas y obreros, Villa Celina se fue armando a partir de un conjunto de edificios iguales y alineados. Creció en el corazón de La Matanza. Justo enfrente de Lugano pero del otro lado de la General Paz. Arrinconada entre la Ricchieri y el olor a Riachuelo. Demasiado lejos para ser Capital. Demasiado cerca para conurbano.

Ahí nació Callejeros, justo para cuando la fiesta de los noventa llegaba a su fin y en las calles empezaba a verse a todos los que habían quedado afuera. No hay mensajes encriptados en sus letras ni hay que ser un entendido para comprenderlas. Su discurso se esparció rápido en una masa de chicos para los que ir a ver una banda de rock and roll era un sueño imposible de comprar con sus patacones.

Dicen que en los días de locura de aquel enero de 2005, cuando los argentinos asistían espantados al espectáculo en que se convirtió Cromañón, Juan José Álvarez, el secretario de Seguridad enviado para rescatar al gobierno porteño, le dijo a Aníbal Ibarra: “Agradecé que estos chicos son todos negros del conurbano, si no ya estabas en la calle”. Ibarra estuvo en la calle un año más tarde, pero fue en el conurbano donde más muertos se lloraron.

En esa esquina donde Omar arrastra un cable de acero, donde Callejeros sacó los parlantes a la calle para tocar por primera vez ante los veinte amigos de siempre, el kiosco donde se juntaban a tomar cerveza tuvo que cerrar. “Ya nadie tenía muchas ganas de ir”, dice Omar con los hombros encogidos. A unos metros, la peluquería Eskrúpulos no parece ofrecer mucho más que cualquier peluquería de barrio. Adentro, un jubilado espera que Juan termine la tintura de su mujer. Pero sucede que Juan es el primer fan que tuvo la banda, el que prestó la vereda para aquel primer recital. Y entonces, donde deberían estar colgadas publicidades de modelos de cabelleras lustrosas hay un muestrario de Callejeros: fotos, banderas, remeras, entradas. “Perdoná, pero prefiero no hablar, se acerca la fecha y a todos nos pone mal. Son muchos los que ya no están.” Juan concede una sonrisa, pero sólo eso.

De un placard en su casa de Lomas de Zamora, Nicolás Ramírez sacó “su” mochila de Callejeros. “Esta es la que estuvo en Cromañón. Esta vale oro”. La mochila es su tesoro, junto con la remera que llevaba aquel día. Como a Marina, a Cristian y a Francisco, la vida se le estancó aquella noche. “Yo me sentía parte del olvido, era un muerto vivo. Necesitaba cambiar el recuerdo de la banda. La última vez que los vi tocar fue en Cromañón; ahora, cuando pienso en Callejeros me acuerdo del Pato dedicándole a los sobrevivientes *Rocanroles sin destino*”. El recital de Córdoba se convirtió entonces en su antídoto contra las pesadillas. Y una vez más pudo volver a escuchar una de sus canciones preferidas, *Distinto*, la que tocaba Callejeros cuando se encendió la bengala

TITULO: El peso de la culpa

AUTOR: Mariana García

CODIGO: 2007.CSC.1.201

FECHA DE PUBLICACION: 30 de julio de 2007

MEDIO: Revista *Viva* del diario *Clarín* (Buenos Aires, Argentina)

TEXTO:

Ya no hay más risas arriba del escenario. Tampoco en este galpón olvidado que hace tiempo construyó el alguna vez orgulloso ferrocarril argentino. En una tarde fría y lluviosa apenas sobrevive el tenue recuerdo de un día feliz. El de una mañana en que renunciaron a sus trabajos de jornadas grises para apostar todo a una banda de rock & roll. Por primera vez, después de siete años, la música les garantizaba 700 pesos cada mes. Era el año 2004, el año de Callejeros. El último en que fueron felices. El último en que pudieron vivir sin culpa, sin que 194 muertos les pesaran en la conciencia.

¿Cómo es su vida hoy?

La vida nos paró acá y cuando la vida te para en un lugar que no planeaste tenés que decir: “Bueno, nos tocó”. Todos te dicen: “Le pudo pasar a cualquiera pero les tocó a ustedes”. Entonces, si le pudo pasar a cualquiera pero me pasó a mí, callate la boca, no hablés porque me pasó a mí. Yo no te juzgo a vos, vos no me juzgues a mí.

Pato habla primero porque es la voz del grupo. Arriba y abajo del escenario. Responde mientras las miradas de sus compañeros se pierden entre los adoquines de madera del piso. Pato es Patricio Santos Fontanet, y tenía 24 años ese día de febrero de 2004, cuando presentó la renuncia como técnico de esterilización en el Cemic. Se sentía un tipo feliz y su única preocupación era qué hacer el sábado a la noche. Hoy carga con tanta culpa que cuando lo sorprende un momento de felicidad no puede soportarlo: “Sólo pienso en cómo seguir con mi vida. Ni siquiera puedo pensar qué me hace feliz. No sólo no tenemos lugar para la felicidad sino que cuando aparece, aparece de una manera medio extraña. Cuando te estás empezando a sentir bien, sentís culpa de sentirte bien. Siempre te agarra `el mirá todos los que ya no están”.

En ese 2004 hoy tan lejano, a la renuncia de Pato le siguieron las de Daniel Cardell –repositor en un híper–, las de Christian Torrejón y Eduardo Vásquez –cadetes– y la de Maximiliano Djerfy, electricista. Elio Delgado todavía no sabía lo que era trabajar. Tenía 19 años. Juan Carbone, el mayor de todos, fue el último en dejar su trabajo en una herrería. Eran los amigos de siempre, habían crecido jugando a la pelota en la calle de tierra, ya habían compartido mil madrugadas esperando el bondi para volver a casa. Hoy, todos están acusados de causar el incendio en República de Cromañón. Podrían pasar entre ocho y veinte años en una cárcel.

SUBTITULO: Una mochila llamada culpa

En ese 2004, los chicos de Villa Celina –un conglomerado de monoblocks en un rincón de La Matanza– habían llegado a la meca, Obras Sanitarias. Presentaron su tercer disco y dos veces llenaron el estadio. Funcionaban como una cooperativa en la que todo iba a un fondo común. De allí se repartían sus sueldos y el resto se guardaba para comprar equipos. Semejante año sólo podían cerrarlo con una de las personas que más los había ayudado, Omar Chabán. El hombre que supo mezclar en porciones idénticas arte y negocios –y que a la edad en que ellos tomaban leche con chocolate consagraba en Cemento a bandas como Los Redonditos de Ricota y Sumo– los había elegido para tocar en su nuevo templo, República de Cromañón. Pero en la última de tres noches gloriosas, la del 30 de diciembre de ese 2004, se desató el horror: los primeros acordes de *Distinto*, la bengala, el incendio, la media sombra, las puertas encadenadas y una nube tóxica que comenzó a llevarse vidas con la velocidad de un cuentagano. Fueron 194 en total. Nunca había ocurrido semejante desastre en un país que, más de una vez, ofrendó sangre joven.

¿Cuál es la responsabilidad de Callejeros en la tragedia?

Pato: Este es el problema que tienen todos estos buitres, cuando estás en el piso primero van a patearte, matarte, comerte y después van a preguntar qué estabas haciendo ahí. Pero nosotros tenemos boca, hablamos mucho, sabemos a lo que estamos jugando y también tenemos miedo de que los jueces sean nuevamente influenciados por determinado poder para rompernos el culo en el juicio. No estoy diciendo que no nos sentimos mal porque nos tendríamos que haber dado cuenta de determinadas cosas... Pero los primeros que se hicieron cargo de Cromañón fuimos nosotros. Yo fui el primero que entró a sacar gente, no entró ni la policía ni los bomberos. Cuarenta por ciento de los que se murieron fue por sacar a otros. Los bomberos tenían máscaras que no les servían, hicieron el cordón como el culo, todo estaba para atrás. Y de eso se encarga el Estado; no Chabán ni Callejeros: se encargan el ministro del Interior y

el jefe de Gobierno porteño. Yo me quiero matar porque todos los días no está mi novia, pero para estos tipos es una cuestión de números.

Pero ustedes, ¿qué tendrían que haber hecho y no hicieron?

Esta pregunta nos la hicimos durante dos años, y no sé, la verdad que no sé, pasó lo que pasó. Echar culpas y sentirte mal por un montón de cosas que no viste... y sí, obvio. Pero tampoco la sociedad se dio cuenta. A mí un juez no me puede venir a decir nada, porque loco, ¡yo estuve ahí!

Pato intenta hablar pausado. Pero siempre hay un momento en que salta de su silla y sus palabras cobran la velocidad de una ametralladora. Entonces, habla como si delante tuviera a los destinatarios de sus broncas: el juez, el ministro del Interior, los legisladores, algunos padres y hasta los fans que encendieron bengalas. Comparte la representación del grupo con Juancho, el saxofonista: “Si nos decís ‘el público o ustedes’, todos elegimos lo mismo. Preferiría haberme muerto pero que no le pasara nada a nadie. ¿Qué tendría que haber hecho? No sé, eso es entrar en un terreno mágico”.

A Callejeros nunca les gustaron las entrevistas, y menos después de Cromañón. Hacía más de dos años que no hablaban. Esta vez no hubo restricciones ni reparos. Tampoco quisieron que estuviera su abogado, Eduardo Guarna. Sólo pidieron estar todos presentes: los seis músicos y Dany, a cargo del arte de la banda. Faltó Diego Argañaraz, hoy alejado de su trabajo como manager. El lugar lo eligió Pato: un viejo galpón donde funciona el taller del muralista urbano Alfredo Segatori. Este sitio, donde conviven murales con los chiquitos que duermen en una fábrica abandonada, se ha convertido en su refugio cada vez que necesita un respiro en la Ciudad: “Yo soy el payaso de toda esta historia. Después la gente te aplaude o no, en ese mundo nos movemos”.

Juancho: “Sí, pero tampoco eras el que encendía las clavas y las tirabas al público. Había toda una movida de cambio de escena, de protagonismo, de la que el público también quería ser parte”.

Pato: “Todos sabemos que de las tres mil personas que había esa noche en el lugar, 2.500 habrán prendido alguna vez una bengala. Que ninguna fuera a declarar, a mí, personalmente, me dolió muchísimo. Esto le tocó a Callejeros y Callejeros se tiene que hacer cargo, pero nos meten cargas por arriba y por abajo y hay un par de cargas que no son nuestras. A mí no me cabe que un papá piense que yo le daba las bengala a su hijo. No, no, tu hijo las llevaba y no hay ningún delito en eso, es una contravención y hay un Estado que se tendría que haber hecho cargo”.

SUBTITULO: Cara a cara con el cardenal

El último recuerdo de felicidad que tienen es de aquel 30 de diciembre. Esa noche, como en cada recital, se abrazaron en un círculo antes de salir al escenario. Como siempre, Juancho habló: “Tratemos de disfrutar todo lo que laburamos hasta acá”. Quince minutos después todo era una pesadilla. Lo que siguió fueron meses girando entre cementerios y hospitales. Cuando pudieron darse cuenta, entre familia y amigos, sus muertos sumaban más de cuarenta. Edu perdió a su mamá. Maxi rescató a su padre pero perdió a cinco familiares. Diego, a su mujer, Romina. El papá de Elio sufrió quemaduras en el setenta por ciento del cuerpo. Pato salvó a conocidos y desconocidos –el juez que lo acusa lo elogió por eso– y durante trece días acompañó la agonía de su chica. No pudo salvarla.

“Yo siento que nunca más voy a volver a ser normal, son como palancas que te bajaron... Nunca más vas a sentir de la misma manera”, confiesa Edu.

Durante esos primeros meses post Cromañón, sintieron que la banda se disolvía para siempre. Ninguno quería volver a tocar. Pero hubo un llamado que los rescató: el del cardenal Jorge Bergoglio. El arzobispo de Buenos Aires se reunió con ellos tres veces y fue quien más insistió para que volvieran a subirse a un escenario. “La única forma de reencontrarse es tocando”, les dijo. El

contacto lo hizo un vecino, Oscar Mangone: Pato fue quien sacó a una de sus dos hijas de Cromañón.

“Dentro de lo triste y trágico que tiene todo esto –cuenta Pato–, tuvimos la suerte de conocer a Estela de Carlotto, al cardenal Bergoglio, León Gieco o el rabino Daniel Goldman. Todos nos dijeron lo mismo: estén juntos, no bajen los brazos.”

El obispo de Gualeguaychú, monseñor Jorge Lozano, estuvo en una de esas reuniones. La noche del desastre era el vicario de la Juventud del Arzobispado porteño. Veinticinco chicos de su parroquia habían ido al recital. Tres murieron allí. Todavía recuerda uno de los encuentros cara a cara entre los músicos y Bergoglio: “Quisimos brindarles un espacio en el corazón, porque llegaron con la sensación de no ser escuchados. Estaban muy doloridos porque habían perdido a familiares y amigos pero además había dolor por no tener comprensión por esta situación. Lo primero que me llamó la atención es que eran chicos comunes de su edad. Yo pensé ‘no estoy delante de personas que usan un maquillaje, son personas normales’”, recuerda.

En el primer aniversario de la tragedia, Bergoglio pronunció uno de sus discursos más duros. Estaba a punto de comenzar el juicio político que terminaría con la destitución del jefe de Gobierno, Aníbal Ibarra: “Buenos Aires necesita llorar. No ha llorado lo suficiente. Buenos Aires trabaja, busca rosca, hace negocios, se preocupa por el turismo, pero no ha llorado lo suficiente esta bofetada”, dijo.

Ibarra fue destituido el 7 de marzo del año siguiente, y siempre evitó responsabilizar a Callejeros. Seis días más tarde, Chabán daba su primera entrevista tras las rejas. El sí apuntó sobre la banda y los acusó de estar a cargo de la seguridad la noche de la tragedia. El empresario, su asistente Raúl Villarreal y el grupo son los principales imputados.

¿Por qué están procesados?

Juancho: Nos acusan de un delito que no es delito. En realidad somos el hilo más delgado. Si el lugar no estaba abierto, la banda no tocaba ahí. Se ve que habrán pedido la cabecita de nosotros y nosotros fuimos y la pusimos.

Pero, ¿qué ganaba el gobierno influenciando al juez?

Pato: Porque están embarrados hasta la mitad de la pierna.

Dany: Hubo una ausencia estatal muy grande; ellos tienen que proteger a la gente.

Juancho: Y también están las leyes. Veía a los padres de algunos chicos que murieron que aplaudían a los legisladores que echaron a Ibarra pero no hicieron nada para que no se les mueran los pibes... ¡Me están cargando!

Pato: Le echaron la culpa a Ibarra y eran igual de culpables que él. ¿Qué hicieron para que no se prenda fuego el lugar? A los padres los usaron hasta que no les sirvieron más y después pasaron a ser los locos. ¿Que loco, boludo, si vos los inflaste?

¿Sienten que Chabán los traicionó?

Pato: Después de Cromañón, por ese silencio de seis meses. El fue quien organizó el recital. Pero no pensamos que sea un asesino. Creemos que hay que respetar la Constitución y tiene que estar libre. Yo no le puedo echar la culpa si no está preso el inspector que dejó abierto el lugar. (A muchos) Chabán y nuestro silencio les vinieron bárbaro.

¿Se sienten víctimas?

Pato: Nos sentimos parte, no sé cuál nos toca. Yo creo que tenemos una responsabilidad pero fuera de lo penal; en lo penal la causa es un chiste. Lo único que pido es ir a un juicio con otro tipo (habla del juez Lucini, que pasó a la Cámara del Crimen tras dictar los procesamientos).

¿Hicieron autocrítica? ¿Cuáles fueron sus errores?

Pato: Creo que no transar en determinados puntos te lleva a quilombos, o caminar por un camino lleno de piedras. Estamos adentro y afuera del sistema a

la vez, pero no aprendimos de eso. No pertenecemos a una corporación, como tampoco pertenecía Chabán, y eso se paga caro.

¿Se imaginan presos?

Juancho: No creo que la sociedad lo permita porque ya es una ridiculez. Si a mí me dicen tenés que ir a juicio por pelotudo, ahí voy, acepto, por pelotudo voy.

¿Cambió algo a nivel seguridad después de Cromañón?

Edu: Cuando estábamos en medio de esta pesadilla de dolor decíamos “loco, que no sea en vano”, pero no, no cambió nada.

Pato: En la discusión de fuiste vos o fui yo, no fue nadie y eso es lo más peligroso, porque los que están diciendo que fueron son los pelotudos de la historia.

Callejeros volvió a subirse a un escenario el 21 de septiembre de 2006. Fue en el Chateau Carreras de Córdoba. No les resultó fácil. A sus propios temores, se sumaron la polémica, los enojos y hasta las amenazas de muerte de algunos padres de chicos muertos en Cromañón. Pero la banda volvió a tocar y ya llevan cinco conciertos. Siempre de día y en lugares abiertos. Siempre lejos de la Capital, y hasta del conurbano. El próximo 4 de agosto, algo cambiará: tocarán por primera vez en un estadio cerrado, en el Orfeo de Córdoba.

Antes, el 16 de junio, estuvieron en Olavarría. Como ocurrió desde su reaparición, José Palazzo, un empresario cordobés que viene abriéndose paso en el negocio del rock & roll, estuvo a cargo de la organización. Les puso pantallas gigantes, cámaras de video, luces y sonido como tendría una banda de las grandes. Las pinturas de Dany ocupaban todo el escenario y hasta un inflable gigantesco se desprendía desde el fondo en medio del concierto.

“Los chicos trabajan con el mismo nivel de profesionalismo que La Renga, pocas bandas se manejan de esta manera”, contaba Verónica, la mano derecha de Palazzo mientras daba instrucciones por un handy, atendía un celular y operaba su computadora personal. El show arrancó con una gaita. Después vendrían un percusionista, una cantante de flamenco, una orquesta de cuerdas, y los vientos

de *Dancing Mood*. Abajo, los adulaban más de diez mil fans que viajaron toda la noche para verlos. Pero nada provocó sonrisas sobre el escenario.

Nicolás Ramírez llegó desde Lomas de Zamora. Estuvo en Cromañón y ya perdió la cuenta de a cuántos recitales de Callejeros fue. “Musicalmente están mejor, pero antes se los notaba más tranquilos, más relajados, disfrutando más lo que hacían. Ahora parecen más atentos a lo que hace el público. Y se llenó de mucha gente que va por ir o directamente por figurar.”

¿Disfrutan de los shows?

Edu: No, terminás de tocar y te agarra el bajón.

Pato: El bajón de no tener a determinada gente para abrazar.

Sus pequeñas cuotas de felicidad –dicen– ocurren en la intimidad del camarín, custodiado por Mangone. Allí, puertas adentro, el ambiente se parece más a una reunión familiar en Celina que a la trastienda de una banda de rock. En una mesa, las novias se mezclan con las tías. Comen galletitas Surtido y tratan de disimular el frío con café en saquitos. En un rincón, Pato y Edu ensayan con el gaitero. Más allá, con la mirada clavada en el piso, Elio lustra su guitarra. Juancho cuenta que sufre ataques de pánico antes de subir a escena. Pato, que se paraliza cada vez que un chico se desmaya. Que hay letras que no se anima a cantar y otras que apenas puede pronunciar. Que no hay día que vivan sin sentir el estigma de Cromañón.

TITULO: El Hombre que está solo y espera:

AUTOR: Mariana García

CODIGO: 2007.CSC.1.201

FECHA DE PUBLICACION: 4 de noviembre de 2007

MEDIO: Revista *Viva* del diario *Clarín*. (Buenos Aires, Argentina)

TEXTO:

Un poco más allá de los alambrados y el campo donde pastan un puñado de ovejas y dos vacas, Christian von Wernich comenzó a cumplir una condena a reclusión perpetua. Está en el pabellón cuatro, “el de lesa”, porque además del ex capellán, el recreo de la tarde lo comparten otros 23 represores acusados por crímenes de lesa humanidad.

Omar Chabán también está en Marcos Paz. En el módulo dos, el de los de buena conducta que, en su caso, alcanza a nueve. Llegó el 18 de enero de 2005, acusado por el incendio de República de Cromañón: 194 muertos. Lo primero que le llamó la atención en esta cárcel modelo donde todo es un calco del sistema español es que la ducha no tiene canilla de agua fría y agua caliente. Un monocomando se encarga de lograr la temperatura exacta. Más se sorprendió cuando vio que las sábanas llevan la inscripción *El Corte Inglés*, la tienda española. Desde ese primer día fue aislado. A veces, pide que le abran la puerta del único patio al que puede salir, un cuadrado de ocho por ocho en el que sólo hay paredes.

¿Te sentís una víctima?

Sí, más que una víctima. Es más complejo, es en un sentido religioso. Pienso en los chicos que murieron, en los padres. Pienso en la locura que se le desató a mi familia mientras que yo, desde hace tres años en esta especie de ostracismo absoluto, vivo desesperado y no sé si me quiero morir. La palabra víctima me parece muy corta... es una especie de despojamiento en donde no hay cuerpo, no hay resonancia, no hay ningún punto de apoyo, donde estoy más muerto que vivo.

Omar Chabán está acusado de estrago doloso. Podría pasar de 8 a 20 años en prisión. También lo investigan por sobornar a la Policía para que no controlara Cromañón, su disco. Los mismos cargos pesan sobre su mano derecha, Raúl Villarreal, y los ocho integrantes de Callejeros, la banda que tocaba ese día. Sólo él está en prisión porque la Justicia teme que pueda fugarse: fue el único que se fue cuando en la calle todavía se acumulaban los

cuerpos. Aunque nunca hubo un pedido de captura pasaron 19 horas hasta que la Policía dio con él.

Pero su tiempo en Marcos Paz está a punto de terminarse. La Cámara de Casación Penal ordenó que debe quedar en libertad en diciembre porque lleva casi tres años sin ser juzgado. El cree que será el 8. El día de la Virgen.

SUBTITULO: Un aristocrata

“Soy un aristócrata”, se define el hombre que a los 52 años ha vivido del rock la mayor parte de su vida pero que, sin embargo, lo desprecia. “Siempre critiqué el rock, que las letras tenían que ser más poéticas, que la música no tenía que ser chingui, chingui.” Habla sin parar, como queriendo compensar el tiempo en silencio: “Hay un tema muy complejo que no está evaluado en la Justicia y es la culpa colectiva. Si veinte o treinta personas generan violencia, ¿por qué esas personas no participan en la culpa colectiva? Lo de Cromañón es básicamente culpa colectiva. El público sabe lo que genera violencia, los que imponen a los demás una especie de autoritarismo narcisista. Pero el resto, por temor no actúa. Malvinas podríamos pensarlo como culpa colectiva pero en el fútbol resulta evidente. Si yo soy culpable de alguna cosa, entonces el público también.

¿Sobre quién caería esta culpa colectiva de Cromañón?

Sobre el público, porque la prohibición de no entrar pirotecnia estaba. La Policía cumplió su función. Nunca se había hecho un cacheo tan estricto. El otro tema es el poliuretano de los paneles acústicos, que están en todos lados. Pero en la causa está clarísimo que la pirotecnia la metían la Familia Piojosa y el Fondo no fisura (N de la R: dos grupos de seguidores de Callejeros). Y yo no sé por qué el público está exonerado de esta situación y yo soy el culpable. Tenían todos veinte años, no eran chiquitos. El lugar estaba bien. La prueba es que al otro día se lavaba y se trabajaba.

¿Y vos no tenés ninguna responsabilidad?

Yo, la verdad, te lo digo, no tengo ninguna responsabilidad. Al contrario, a mí me cagaron la vida, quemaron el lugar. Mi historia es cultural, no de mafia.

Es difícil creer que no te sientas responsable.

Hay una cosa de Sabato que me gusta: es muy difícil profetizar el pasado. Ahora todos sabían todo. Que me haya pasado a mí y no a otro es por esta extraña conjunción de estos locos de mierda que también actuaron contra el público.

La Justicia lo acusa por la cantidad de personas que había en el lugar – eran más de 3.500 cuando la habilitación sólo permitía mil–, porque la puerta de emergencia estaba cerrada con candado y alambre, y porque el material que había en el techo –media sombra, placas de poliuretano y guata– produjo una mezcla letal que acabó con el oxígeno en 13 minutos.

La entrevista duró más de dos horas. Pero antes de que él la autorice hubo que asistir como visita para una “charla informal” que duró otras cuatro. Además, se sumaron varias charlas telefónicas. En cada uno de estos diálogos, Chabán negó todas las acusaciones. Y ahora que está a punto de salir en libertad, quiere redoblar la apuesta y se pondera como “acto heroico”. El que supo de clausuras y de razzias defiende a la Policía, que está acusada de recibir sobornos: “Voy a citar a Emile Zolá: Yo acuso a los que me acusan. El público me está acusando a mí y yo los acuso a ellos, porque destruyeron una fuente de trabajo, porque había ochenta personas que trabajaban con amor y con ética. Yo trabajé con amor y con ética durante veinte años”.

Murieron empleados ¿todos estaban en blanco?

No, tenía empleados en negro. Pero tenían libreta sanitaria. Además, el lugar no abrió mucho.

¿Qué quiere decir que sos un ‘acto heroico’?

Quiero repetir esto y que sean estas palabras un acto heroico, no digo que soy un héroe, soy acto heroico. Hubo tres esa noche. Uno, que hay que agradecerlo, es que gracias a que estuvo la Policía los bomberos llegaron en siete minutos.

No hay que empezar a ensuciar con esa cosa de la corrupción. Otra cosa que hay que agradecer es a los chicos que, aunque estaba prohibido, entraban y salían a sacar gente. En el lugar murieron de 22 a 27 personas, ¿porqué me están achacando 200 a mí? Entonces, gracias a que yo corté el sonido, sin saber lo que iba a pasar, la gente empezó a salir. Si yo no hago eso, morimos todos.

¿Y cómo explicás que la puerta de emergencia estuviera cerrada?

No era la puerta de emergencia. Esa es una imputación que me hace el fallo del juez Marcelo Lucini, también el de (María Angélica) Croto y el de la Cámara del Crimen, pero están todos mal.

¿Entonces por qué la gente intentó huir por ahí? ¿Por qué había casi dos metros de cuerpos?

Los testimonios están confundidos. Raúl Villarreal (su hombre de confianza) estaba ahí y dice que no vio esos cuerpos.

De los casi tres años que lleva detenido, 26 meses los pasó con tres cámaras de seguridad filmando cada uno de sus movimientos y la luz siempre encendida por temor a que se suicidara. Su defensa tuvo que presentar un habeas corpus para que Chabán lograra un poco de intimidad. Desde el primer día fue confinado a una celda de aislamiento por miedo a que lo lastimaran otros presos. Hasta aquella noche, su vida transcurría entre las clases de danza *butoh* de los jueves, el taller de narrativa de los sábados y los estrenos de teatro. Del otro lado, hoy sus amigos extrañan los mediodías de domingo con comida *thai* en Palermo Hollywood. Guillermo Silva es uno. No hay semana que no haya ido a verlo. Ahora se contenta con las galletitas de salvado sin grasas trans, el queso filadelfia y las anchoítas en aceite. Sus hermanos, Yamil y Fátima, se turnan para visitarlo. Su madre, Angélica, es la única que no pudo ir. Tiene problemas de salud y él no quiere que lo vea tras las rejas.

De todas sus visitas hay una que puede más que las demás. Katja Alemann. Hace años que dejó de ser su mujer pero siempre estuvieron juntos.

Lo visita cada dos semanas y es quien más influye en sus decisiones. Fue con ella con quien imaginó el Café Einstein en 1982, cuando la democracia era algo lejano.

SUBTITULO: Por amor a Katja

El Einstein fue el embrión para que siguieran Cemento y Die Schule. Todos ellos fueron tan conocidos por sus baños pestilentes como por haber albergado parte de lo mejor de la cultura de los '80. Pero la mayoría de quienes crecieron allí hoy prefieren el silencio. Sólo dos veces lo visitaron la Negra Poly y Skay, a quienes apoyó en los comienzos de Los Redonditos de Ricota.

¿El mundo del rock te dio vuelta la cara?

Toda la cultura argentina. Todos hablaban de hacer una cultura popular. Yo lo hice, puse el cuerpo. Estuve 25 años creando una cultura distinta. Por eso digo que mi culpa es mucho más compleja. Hay muchos mea culpas que hacer, yo estoy haciendo el mío. Podés decir que soy un estúpido, sí, un estúpido que estuve desde el año '82 para hacer esto. ¿Sabés por qué?, por amor a Katja. Yo empecé a trabajar a los treinta años por amor a Katja.

Cada día, a las 7.30 de la mañana, un guardiacárcel abre la mirilla de la celda para confirmar que Chabán esté donde debe estar. El se levanta un poco más tarde. Desayuna una fruta y se baña. No quiso tener TV pero sí una heladera. Hace tiempo que no tiene humor para hacer gimnasia. Su cuerpo conserva la figura moldeada por la danza pero acusa los golpes del encierro. Sus ojos se secaron y necesita lágrimas artificiales. Sufre de hemorroides y la piel se le ha vuelto amarillenta. Cuesta encontrar testimonio de sus cabellos negros. Y hace un año que no se corta la barba. Prometió que no lo hará hasta salir en libertad. Mantiene intacto su gusto por ser fotografiado. Eligió el color blanco para estas fotos y se hizo traer ropa y unas alpargatas nuevas. Nunca usó las visitas íntimas. "Estoy asexual", confiesa.

Pasa sus días leyendo y relejendo la causa. Pero se obliga a cambiar expedientes por una novela a las ocho de la noche. “Para no seguir pensando siempre en lo mismo”, se miente. Y reconoce que casi no hay noche en que no se despierte descubriendo algún detalle para el juicio. Imagina que entonces estará recluido en un monasterio. Sus amigos ya están tratando de que alguno lo acepte.

¿Cómo te imaginás en libertad?

Mi vida ya no tiene sentido. Yo no quiero hacer nada de nada, lo único que puedo hacer es vivir en el laberinto de las bibliotecas y la encrucijada de los libros.

TITULO: Otras víctimas de Cromañón.

AUTOR: Mariana García

CODIGO: 2007.CSC.1.201

FECHA DE PUBLICACION: 30 de diciembre de 2007

MEDIO: Revista *Viva* del diario *Clarín* (Buenos Aires, Argentina)

TEXTO:

La cerveza en la esquina. *Una nueva noche fría* sonando desde un casete gastado de Callejeros. Los ñoquis amasados codo a codo con la vieja. La batería retumbando en la pieza de arriba. El último “chau”. Las llamadas desesperadas. Las imágenes en el televisor que pasan una y otra vez. La angustia, la certeza y el desconsuelo. El rostro hecho bandera y los días que continúan sin sentido.

No hay escape de estos recuerdos. Pasaron tres años desde que un incendio convirtió a República de Cromañón en un infierno sin sentido, y para muchos todo parece haber quedado congelado en esa noche. Fueron 194 las víctimas de aquella locura, pero poco a poco y en silencio, el dolor comenzó a

llevarse otras: seis mamás, un papá y dos sobrevivientes. Nueve muertos más para la lista del espanto.

SUBTITULO: Los Mansilla

Tronco, el perro de los Mansilla, corre sin parar. Salta, da vueltas y ladra como un descosido. Esquiva los rosales, pasa por debajo del jazmín y choca contra un limonero que ya no da más limones. Adentro, su dueño permanece inmóvil frente al televisor. Las persianas de la casa están cerradas y no se filtra un solo rayo de una hermosa tarde de verano. Mario Mansilla pide perdón porque no escuchó los llamados desde la reja. Su hijo Marcelo es quien abre la puerta. Vive a pocas cuadras, también en Florencio Varela.

Mario tiene 64 años y Tronco es su única compañía. En Cromañón murió Jorgito, el menor de sus tres hijos, el que todavía vivía en la casa. El pasado 7 de mayo también se le fue Mirta, su mujer. Mario hace esfuerzos por contenerse pero la voz se le quiebra y llora. Está sentado en el mismo sillón donde su esposa se descubrió un pequeño bulto en un pecho. Peleó durante diez meses pero el cáncer terminó por vencerla. Parado a la derecha de Mario, está Marcelo. Padre e hijo recuerdan cada instante de lo que fue la noche del 30 de diciembre de 2004, cuando juntos corrieron desesperados a buscar a Jorgito. Peregrinaron durante seis horas. Del hospital Penna al Posadas, del Posadas al CGP de la calle Junín, y otra vez al Penna. “Pasábamos por un bar –cuenta Marcelo– y desde afuera veíamos la televisión que decía ‘setenta muertos’, pasábamos por otro y decían ‘cien muertos’. Nos cruzamos con un amigo que nos dijo que lo vio afuera...” Pero a Jorgito lo encontraron a las seis de la mañana en el Penna, detrás de unas sábanas colgadas que separaban a los muertos de los vivos. Marcelo fue quien lo reconoció. Era el último de una fila de cinco. “No, flaco, ése no es”, le dijeron los médicos, pero él supo que sí era, que ese brazo sucio de un tizne negro era el de su hermano.

“Mamá, ya llegué a Once, guardame algo para la cena”, fue lo último que Mirta escuchó de su hijo. “Y no le pongan cebollas al relleno”, le pidió al padre, que preparaba las empanadas de carne cortada a cuchillo para Año Nuevo. Mirta separó unas milanesas y siguió ayudando a Mario. Lo suyo no era la cocina. Pero hoy a su esposo le parece un manjar esa salsa medio dulzona que hacía para los fideos.

Mirta no pudo soportar el dolor. Fue a todas las marchas, estuvo en la Legislatura y se cansó de gritar justicia. Pero fue demasiado. Mario se siente igual que ella: “Después de lo que pasó nunca más pudo volver a sonreír. Siempre iba con la cabeza gacha, se cruzaba con un vecino y no lo saludaba. Yo le decía: ‘Che, ¿no viste que te están saludando?’, y ella me decía que no veía nada. Ahora la entiendo porque a mí me pasa lo mismo”.

Durante seis meses Mirta se sometió a quimioterapia. El pelo se le fue cayendo y se compró una peluca. La operaron pero seguía peor. “Me quiero curar”, fue lo último que le dijo a Marcelo. Faltaba poco para que naciera Camila, la primera mujer de una familia de tres hijos varones y tres nietos. Pero Mirta no pudo conocerla. Sólo le dejó los aritos con que Camila seduce a su abuelo.

SUBTITULO: Un país dividido

Nilda Gómez y José Iglesias presiden dos de las organizaciones que nuclean a los padres de Cromañón. Aunque hay diferencias entre una y otra ONG, los dos coinciden en algo: después del primer año ni padres ni sobrevivientes tuvieron asistencia y el número de enfermos creció día a día: cáncer, obesidad, hipertensión o trastornos psicológicos. También aumentó el número de divorcios.

“Tuvimos un duelo en la calle, es un duelo raro –dice Iglesias–. Los grupos sirvieron de contención. Son el único lugar donde uno puede reírse y llorar sin ser observado. Pero los sobrevivientes son los que están peor, no hay

un censo a pesar de que en la causa está el legajo de 1.500 chicos que estuvieron en Cromañón.”

Durante este año murieron cinco de las nueve víctimas. Dos de ellos eran sobrevivientes. Augusto Londei tenía 24 años cuando a fines de octubre decidió suicidarse. A Cecilia Balcarce, en cambio, le terminaron ganando los gases tóxicos que respiró en la disco de Once. Murió de un paro cardíaco en noviembre. Tenía 19 años. Ese mismo mes un cáncer fulminante acabó con Carlos Lanás, el papá de Noelia.

Nilda Gómez preside Familias por la vida: “La mayoría de los padres tiene problemas, esto es de manual, se sabe lo que les va a pasar pero no se tuvo ninguna prevención. Esto es como un dominó. Es muerte por impunidad, eso es lo que nos está matando”. Nilda perdió a su hijo Mariano. A esta altura poco le importa lo que piensen de ella. Está muy orgullosa de ser la jefa del grupo que le arrojó huevos a Estela de Carlotto, presidenta de las Abuelas de Plaza de Mayo. “Me importa un pito lo que piensen de nosotros, igual estamos mal ante la sociedad.”

Un gran número de padres se sienten olvidados y rechazados. En un país en el que las madres se han convertido en el símbolo de la resistencia, los padres de Cromañón no han podido encontrar alivio ni siquiera en quienes conocen el mismo dolor. Son, quizá, la muestra más cruda de una sociedad dividida hasta tal punto que ni siquiera el tormento de perder un hijo puede hermanar.

Este año, en agosto, murió Lucía Sergi de Santanocito. Era la abuela de Maxi Djerfy, guitarrista de Callejeros. En el incendio perdió a su hija, Alicia, y a sus dos nietas María Belén Santanocito, de 15, y Carol Becker, de 21. Estaban en el peor lugar, en el VIP, donde los gases fueron devastadores. Era el último show del gran año de la banda y tuvieron que hacer sorteo entre los familiares porque nadie se lo quería perder. María Belén y Carol habían crecido viendo las desventuras de su primo y ahora que era un estrella del rock and roll querían

festejar. Nada podía pasar en un recital donde había tíos, primos, novios y más primos. Pero pasó, y la abuela Lucía quedó sola en la casa que compartía con Carol y Alicia. Un día dejó de hablar, después ya no quiso comer y así hasta morir.

SUBTITULO: Mirame a los ojos

Es difícil de olvidar la entereza con que se paró sola en medio de la Legislatura porteña. El ambiente era denso y Aníbal Ibarra llevaba varias horas declarando en su primera presentación ante los legisladores. Hacía apenas un mes que Mariana Márquez había enterrado a la mayor de sus dos hijas, Liz. Sin pensarlo, con el maquillaje impecable, como siempre, se levantó y con el dedo índice apuntando directo al jefe de Gobierno, le gritó: “Mi hija está muerta, pero vos sos un cadáver político. ¡Mirame a los ojos!”. Faltaba más de un año para la destitución.

Mariana quería festejar el 31 de diciembre con los resultados de su último análisis: le había ganado la batalla a un cáncer de útero y tenía planeado volver a sus clases de literatura en febrero. Era profesora en La Matanza. No pudo. Ese Año Nuevo tuvo que enterrar a su hija y el cáncer volvió a hacer estragos en su cuerpo.

En una modesta casa de González Catán, su mamá, Matilde, muestra la última foto. Se la ve sonriente, igual que a Liz, que se ríe desde la imagen de una pancarta. Era el 30 de abril de 2005. Fue su última marcha y la hizo en silla de ruedas. Murió el 21 de mayo. Tenía 34; Liz, 17.

José Iglesias encabezó con Mariana las primeras movilizaciones: “Era una mujer impresionante, tenía alma de líder. En el último tiempo se tenía que agarrar de mi brazo porque ya no podía caminar”. Mariana Márquez fue la primera mamá que murió después de Cromañón. A diferencia de otros padres,

ella quería a Callejeros a su lado. Era la banda que adoraba su hija y se reunió con ellos varias veces.

SUBTITULO: Los hermanos

Gabriela Avendaño tiene 27 años y cuatro hijos. En Cromañón perdió a su único hermano, Sergio. Su mamá murió el año pasado, cuando fue a pedirle al Señor de los Milagros, en Santiago del Estero, que Ibarra fuera destituido, que Omar Chabán –el administrador de la disco– siguiera preso y que Callejeros no tocara más. Gaby tiene tanto dolor que a veces no quiere cerrar los ojos por temor a no volver. Fue a un psiquiatra pero dejó porque no quería más pastillas.

La cita con Gaby es en el Mc Donald's que queda frente a la estación de Merlo. Un empleado no ha tenido peor idea que poner un compact de Callejeros. Ni el murmullo constante ni una seguidilla de preguntas disparadas sin sentido logran disimular los acordes de *Distinto*. Fue el primer tema del recital, el que sonaba cuando comenzó a quemarse el techo. Gaby aprieta un pañuelo de papel hecho trizas y vuelve a llorar: “Los odio, mi mamá se murió esperando que le dijeran algo, no digo disculpas, pero aunque sea que se acercaran”.

Tiempo después de la muerte de su hermano, Marcelo Mansilla se reunió con el ex presidente Néstor Kirchner: “Nos dio la tarjeta con el teléfono del secretario. Nunca nos atendió. Yo eso lo tomo como una burla. Su hermana Alicia agachaba la cabeza y lloraba. Su mujer nunca apareció”, cuenta. Marcelo tuvo que reconocer dos veces a su hermano. Una en el hospital Penna, la segunda en la morgue. Dice que desde afuera se escuchaban los fuegos artificiales del 31: “Estaba con un amigo y cuando me lo mostraron lo miré como diciendo ‘Decime que no es’... Yo eso no se lo perdono a nadie. Por más que tengo dos hijos, en mi vida nada es igual”.